

**Jules
Verne**

**La misión
Barsac**



La impresionante aventura de la misión Barsac (*L'Étonnante aventure de la mission Barsac*) es la última novela de las atribuidas en principio a Jules Verne, publicada de manera póstuma por entregas en «Le Matin» desde el 18 de abril hasta el 6 de julio de 1914, y de manera íntegra en un volumen doble en 1918. La historia fue reescrita totalmente por el hijo de Jules, Michel Verne, basándose en dos esbozos del padre: Una villa Sahariana (*Une ville saharienne*) y Viaje de estudio (*Voyage d'étude*). Es una de las más completas y enigmáticas novelas del escritor francés. En ella, de una manera muy dinámica, se conjuntan los elementos que hicieron famosos los viajes extraordinarios: un viaje, adelantos científicos y anticipaciones, una trama de suspenso, casi policiaco, y héroes vernianos listos a toda prueba. Barsac y un grupo de funcionarios franceses viajan a las colonias francesas con el fin de ver la condición de los nativos y verificar si se les puede conceder el voto. Una extraña pareja de tía y sobrino, Juana y Agnes, se les unen, y se complica así la expedición de una manera asombrosa. Al final se sabrá el origen de esta pareja y su razón de viajar, a la vez que descubren una de las más fabulosas ciudades creadas por el escritor francés: Blackland.

PRIMERA PARTE

El caso del Central Bank

A pesar de los años transcurridos, seguramente aún no se ha olvidado el audaz robo que, conocido como caso del Central Bank, ocupara tanto a la prensa y mereciera durante quince días el honor de sus primeras planas. Efectivamente, pocos delitos suscitaron tanto la curiosidad del público, pues no son demasiados los que han congregado en tal grado el atractivo del misterio y la envergadura de la fechoría, y cuya ejecución ha requerido una audacia tan increíble, una energía tan indómita.

Tal vez resulte interesante leer el relato, incompleto pero escrupulosamente verídico, de aquel suceso. Si el mismo no aclara absolutamente todos los puntos hasta ahora oscuros, por lo menos aportará nuevas precisiones y rectificaciones o coordinará las informaciones, a veces contradictorias, publicadas por los periódicos en su momento.

Como se sabe, el robo tuvo por escenario la Agencia DK del Central Bank, situada cerca de la Bolsa de Londres, en el cruce de Threadneedle Street y Old Broad Street, dirigida en aquel entonces por Mr. Lewis Robert Buxton, hijo del lord de ese apellido.

La agencia se compone esencialmente de un vasto ambiente dividido en dos partes desiguales por un largo mostrador de roble que se extiende paralelo a ambas calles, las que se cruzan en ángulo recto. Precisamente en la esquina se encuentra la entrada, una puerta de vidrio precedida por un cancel al mismo nivel de la acera. Al entrar se advierte, a la izquierda, detrás de una malla de fuerte enrejado, la caja, que comunica mediante una puerta igualmente enrejada

con la oficina propiamente dicha donde están los empleados. A la derecha, el mostrador de roble termina en una puerta batiente que permite el paso desde la parte destinada al público a la reservada a los empleados y viceversa. Al fondo de este último sector se abre en primer término, cerca del mostrador, el despacho del jefe de la agencia, despacho que es un reducto sin otra salida y luego, siguiendo la pared perpendicular a Threadneedle Street, se encuentra un corredor que da acceso al vestíbulo común a todo el inmueble del que forma parte el local.

De un lado, ese vestíbulo pasa delante de la portería y lleva a Threadneedle Street. Por el otro, luego de acercarse a la gran escalera, conduce a una puerta de vidrio de dos hojas que oculta a la curiosidad del exterior la entrada a los sótanos y la escalera de servicio que queda frente a ella.

Ésos son los lugares donde se desarrollaron las principales peripecias del drama.

En el momento de comenzar, es decir a las cinco menos veinte exactamente, los cinco empleados de la agencia se ocupan de sus trabajos habituales. Dos están enfrascados en sus anotaciones. Los otros tres atienden a otros tantos clientes acodados al mostrador. Por su parte, el cajero, protegido tras el enrejado, cuenta el dinero que en ese día de liquidación alcanza al imponente total de setenta y dos mil setenta y nueve libras, dos chelines y cuatro peniques, o sea, un millón ochocientos dieciséis mil trescientos noventa y tres francos con ochenta centavos.

Como se ha dicho, el reloj de la agencia indica las cinco menos veinte minutos: la cortina metálica del frente pronto se bajará y poco después, terminada la jornada de trabajo, los empleados se dispersarán. El sordo rezongo de los vehículos y el ruido de la muchedumbre llegan desde afuera a través de las vidrieras oscurecidas por el crepúsculo de aquel último día de noviembre.

Es en ese momento cuando se abre la puerta y entra un hombre. Después de echar una rápida ojeada a la oficina,

el recién llegado se vuelve a medias y dirigiéndose hacia afuera, sin duda a algún acompañante que ha quedado en la acera, hace un gesto con la mano derecha en la que el pulgar, el índice y el medio tiosos indican de manera inequívoca el número 3. Aunque hubieran sospechado algo, los empleados no habrían podido advertir aquel gesto que quedaba oculto por la puerta entreabierta, y si lo hubiesen visto evidentemente no habrían pensado en establecer ninguna relación entre el número de personas que estaban acodadas al mostrador y el del número transmitido con los dedos.

Una vez pasado el mensaje, si es que se trataba de un mensaje, el hombre terminó de abrir la puerta, la cerró cuando estuvo adentro de la oficina y se colocó en posición de espera detrás de uno de los clientes, demostrando de este modo su intención de aguardar hasta que aquel cliente terminara y se retirara.

Uno de los empleados, que estaba desocupado, se levantó y dirigiéndose hacia él le preguntó:

—¿Qué desea, señor?...

—Gracias señor, esperaré —respondió el recién llegado, acompañando las palabras con un movimiento de la mano que daba a entender que deseaba ser atendido precisamente por el empleado cerca del cual se había detenido.

El empleado que amablemente lo había interpelado volvió a sentarse sin insistir y reanudó el trabajo, con la conciencia aplacada por aquella demostración de celo, aunque, en definitiva, satisfecho de que hubiera tenido resultados negativos. Así que el hombre permaneció esperando sin que nadie más le prestara atención.

Sin embargo, la singularidad de su aspecto hubiera justificado el más atento de los exámenes. Se trataba de un hombre joven y robusto, de elevada estatura, el cual, a juzgar por su contextura, debía tener una fuerza poco común. Una magnífica barba rubia encuadraba su rostro bronceado. En cuanto a su posición social, era imposible deducirla

de su aspecto; un largo guardapolvo de seda cruda lo cubría hasta los pies.

Cuando el cliente, detrás del cual se había colocado, terminó lo que lo había llevado a la agencia, el hombre del guardapolvo ocupó su lugar y com1micó al representante del Central Bank las operaciones que deseaba realizar. Mientras tanto, la persona que había sido atendida llegaba a la puerta exterior y salía de la agencia.

Esa puerta se reabrió inmediatamente y dio paso a un segundo personaje tan singular como el primero, del que de algún modo parecía ser una copia. Misma estatura, misma robustez, misma barba rubia enmarcando un rostro sensiblemente cobrizo, mismo largo guardapolvo de seda cruda para disimular la otra ropa.

Con este último personaje ocurrió lo mismo que con sus sosías. Como aquél, esperó pacientemente detrás de una de las dos personas acodadas al mostrador, cuando llegó su turno entabló conversación con el empleado que se había desocupado, mientras el cliente ganaba la calle.

Al igual que antes, la puerta volvió a abrirse de improviso. Un tercer individuo hizo su entrada y fue a ponerse en fila detrás del único de los tres clientes iniciales que aún permanecía en la agencia. Este último individuo era de estatura mediana, más bien bajo y rechoncho, de rostro también bronceado e igualmente ensombrecido por una barba negra, llevaba las vestimentas disimuladas por un sobretodo gris muy largo; este último personaje presentaba al mismo tiempo diferencias y analogías con los que antes se habían librado a manejos parecidos.

Finalmente, cuando la última de las tres personas que se encontraban desde un primer momento en la agencia terminó sus asuntos y abandonó el lugar, la puerta se reabrió de inmediato dando paso a dos hombres. Esos dos hombres, uno de los cuales parecía dotado de un vigor hercúleo, estaban vestidos con esos largos sacos-gabanes comúnmente llamados úlsters, prendas cuyo uso aún no justi-

ficaba el rigor de la estación, y al igual que los tres primeros una barba abundante adornaba su rostro bastante subido de tono.

Se introdujeron al local de modo extraño: el más alto entró primero y apenas lo hizo se detuvo en una posición tal que ocultaba a su compañero, quien, mientras tanto, fingiendo haberse enganchado en la cerradura, la hacía objeto de un misterioso trabajo. Por lo demás, esa actividad no duró más que un instante y pronto la puerta volvió a quedar cerrada. Pero, a partir de aquel momento si bien conservaba su pomo del lado de adentro, lo que permitía salir, en cambio el pomo del lado de afuera había desaparecido. En consecuencia, desde afuera nadie podía entrar a la oficina. Y en cuanto a la posibilidad de golpear en el vidrio para hacerse abrir, nadie lo hubiera intentado, ya que un anuncio había sido colgado en la puerta comunicando al público que la agencia quedaba irrevocablemente cerrada por el resto del día.

Los empleados no tenían ni la menor sospecha de que se los había aislado de aquel modo del resto del mundo. Por otra parte, si alguien se los hubiera dicho, habrían echado a reír. ¿Por qué preocuparse en plena ciudad, en el momento de mayor actividad de la jornada, cuando llegaba hasta ellos la intensa vida de la calle, de la que los separaba una delgada película de vidrio?

Los dos últimos empleados se adelantaron hasta los recién llegados en actitud amable, puesto que habían notado que el reloj marcaba casi las cinco. Esas molestas visitas serían breves, ya que tendrían derecho a expulsarlas en menos de cinco minutos. Uno de los tardíos clientes aceptaba los servicios que le eran ofrecidos, mientras que el otro, el más alto, los declinaba y pedía hablar con el director.

—Voy a ver si está —le respondieron.

El empleado desapareció por la puerta que estaba en el fondo de la parte de la oficina prohibida al público, pero volvió casi de inmediato.

—Si desea molestarse... —le propuso abriendo la puer-tita batiente que estaba en el extremo del mostrador. El hombre del úlster aceptó la invitación y entró al despacho del director, mientras el empleado, cerrando la puerta tras de si, volvía a su trabajo.

¿Qué pasó entre el jefe de la agencia y su visitante? Más tarde, el personal declaró ignorarlo, incluso ni siquiera habérselo preguntado, lo que debe ser considerado cierto. Ulteriormente, la investigación sobre este punto se vio reducida a hipótesis, y actualmente continúa en la mayor oscuridad la escena que se desarrolló entonces tras aquella puerta cerrada.

Al menos una sola cosa es cierta; no habían transcurrido dos minutos cuando la puerta volvió a abrirse y el hombre del úlster reapareció en el umbral.

De modo impersonal y sin dirigirse particularmente a ninguno de los empleados dijo:

—Por favor... el señor Director desearía hablar con el cajero.

—Bien señor —respondió un empleado que no estaba ocupado.

Volviéndose llamó:

—¡Store!

—¿Señor Barclay...?

—El jefe lo llama.

—Ya voy —respondió el cajero.

Con la puntualidad inherente a la gente de su profesión, arrojó un portafolio y tres bolsas que contenían en efectivo y valores la recaudación del día dentro de la caja fuerte, cuya pesada puerta golpeó con ruido sordo, luego bajó la ventanilla, salió de su despacho enrejado que cerró cuidadosamente tras él y se dirigió hacia el despacho del jefe, frente al cual esperaba el desconocido, quien rápidamente volvió a ingresar al recinto.

Al entrar al despacho. Store se sorprendió al comprobar que quien pretendidamente lo llamaba no se encontraba

allí y que la pieza estaba vacía. Pero no tuvo tiempo de resolver aquel misterio. Atacado desde atrás, tomado por la garganta con una mano que parecía de acero, trató infructuosamente de debatirse, de gritar... Las mortíferas manos apretaron aún más hasta que se derrumbó sin aliento, desvanecido, sobre la alfombra.

Ningún ruido había delatado aquella hosca lucha. En la habitación grande, los empleados continuaban tranquilamente con el trabajo, cuatro de ellos formando otros tantos grupos con los clientes de los que se hallaban separados sólo por el mostrador y el quinto absorbido por cálculos que formaban parte de su responsabilidad.

El hombre del úlster se tomó el descanso de enjugarse la frente en la que aparecía un poco de transpiración y luego se inclinó sobre su víctima. En un abrir y cerrar de ojos el cajero quedó amordazado y atado.

Cuando terminó con esa tarea, entreabrió ligeramente la puerta y echó un vistazo a la oficina. Satisfecho con el resultado del examen, tosió discretamente, como si quisiera atraer la atención de los cuatro singulares clientes que aún estaban en la agencia, y cuando hubo logrado su objetivo abrió de golpe y de par en par la puerta que hasta entonces lo ocultaba.

Fue la señal —sin duda convenida de antemano— del comienzo de una escena literalmente fantástica. Mientras el hombre del úlster atravesaba de un salto la oficina y, cayendo como un rayo sobre el calculista solitario, lo estrangulaba implacablemente, los cuatro colegas de éste sufrían igual suerte.

El cliente más cercano al extremo del mostrador franqueó la puerta batiente y derribó al empleado que tenía enfrente. De los otros tres clientes, dos alargaron los brazos por encima del mostrador y sus manos se aferraron al cuello de los respectivos interlocutores, a los que golpearon ferrozmente sobre el mostrador. En cuanto al último, el de estatura más pequeña, al no poder aprehender frente a frente

al empleado que tenía enfrente, de quien estaba separado por una distancia demasiado grande, saltó por encima del mostrador y tomó a su adversario por la garganta con una violencia duplicada por el impulso.

Ni un solo grito se había oído. El drama no había durado treinta segundos.

Cuando las víctimas estuvieron sin conocimiento, los estranguladores los dejaron definitivamente fuera de combate. El plan había sido estudiado minuciosamente. Nada falló. No hubo una sola vacilación. De todos los bolsillos aparecieron los accesorios necesarios. Aunque corrieran riesgo de perecer asfixiados, las bocas de los empleados fueron rellenas de algodón en rama y amordazadas. Todas las manos fueron puestas a la espalda y atadas, los pies igualmente ligados y los cuerpos rígidamente enlazados en un múltiple abrazo gracias a un fino cable de acero.

Todos terminaron los respectivos trabajos en el mismo momento. Con un simultáneo movimiento, los cinco asaltantes se incorporaron.

—¡La cortina! —ordenó el que había pedido ver al director de la agencia y que parecía mandar a los otros. Tres bandidos corrieron a accionar las manivelas de la cortina metálica. La malla comenzó a bajar, atenuando progresivamente el ruido que provenía del exterior.

Promediaba la operación cuando repentinamente comenzó a sonar la campana del teléfono.

—¡Alto! —exclamó el jefe de la banda.

Mientras la cortina detenía su descenso, se acercó al aparato y descolgó el receptor. Se entabló la siguiente conversación, de la que sólo la mitad llegaba a los cuatro estranguladores, ahora inactivos.

—¡Aló!

—Escucho.

—¿Es usted, Buxton?

—Sí.

—Es extraño. No reconozco su voz.

—Hay ruido en la línea.

—No aquí.

—De este lado sí. Yo tampoco reconozco su voz.

—Mr. Lasone.

—¡Ah, muy bien, muy bien!... ahora sí lo reconozco.

—Dígame, Buxton, ¿pasó ya el coche?

—Todavía no —aseguró el bandido tras una ligera vacilación.

—Cuando pase, dígame que vuelva a la agencia S. Acaban de telefonarme que han recibido un depósito importante después del cierre y de la partida de los otros fondos.

—¿Es una cifra importante?

—Bastante. Algo de veinte mil libras.

—¡Vaya!

—¿Le dará el recado?... ¿Puedo contar con usted?

—Cuente conmigo.

—Buenas tardes, Buxton.

—Buenas tardes.

El extraño colgó el receptor y por un momento se quedó inmóvil y pensativo. De pronto tomó una decisión y reuniendo a los cómplices alrededor de sí les dijo en voz baja, mientras comenzaba a desvestirse febrilmente:

—Hay que apurarse compañeros. ¡Rápido... que me alcancen la ropa de ese hombre!

Con el dedo señalaba a Store, que continuaba sin sentido.

En un abrir y cerrar de ojos, éste fue despojado de la ropa, que comenzó a ponerse su agresor, a pesar de que ésta le fuera un poco chica. Luego de encontrar las llaves de la caja en uno de los bolsillos abrió de inmediato el despacho, luego el cofre fuerte, del que fueron sacados las bolsas de efectivo, el portafolio lleno de billetes y los fajos con valores.

Apenas estaba terminando cuando se oyó el ruido de un coche que se detenía al borde de la acera. Casi de in-

mediato golpearon en los vidrios de la puerta a medias cubierta por la cortina metálica.

—¡Atención! —exclamó el jefe de aquella banda de estranguladores acompañando sus palabras con expresivos gestos—. Abajo los abrigo, muestren los guardapolvos, a sus lugares y ojo... ¡No hay que fallar con el primero que entre!... ¡Y sin ruido!... Luego, cerrar la puerta... ¡Sólo me abrirán a mí!...

Cargado con el portafolio y varios paquetes con títulos, mientras hablaba se había ido acercando a la puerta; entretanto, ante una seña suya, tres cómplices se sentaban en el lugar que ocupaban habitualmente los empleados, quienes de un puntapié habían sido alojados bajo el mostrador, mientras el cuarto se apostaba cerca de la entrada. Fue él quien abrió aquella puerta con mano firme. El ruido de la calle pareció aumentar súbitamente.

Efectivamente, un coche del transporte de caudales se había detenido frente a la agencia. En el crepúsculo se veían brillar sus luces. El cochero, que se había quedado en su puesto, charlaba con un hombre parado al borde de la acera. Ese hombre era el recaudador del Central Bank quien unos momentos antes había golpeado a la puerta.

Sin apuro, evitando los transeúntes que en torrente ininterrumpido ocupaban la acera, el audaz bandido la atravesó y se acercó al coche.

—¡Salud! —dijo.

—¡Salud! —respondieron los dos hombres.

El conductor, al mirar a quien lo interpelaba, pareció asombrarse.

—¡Vaya, no es Store! —exclamó.

—Es su día franco. Lo reemplazo —explicó el falso cajero.

Luego, dirigiéndose al recaudador que estaba de pie ante él, le dijo:

—¡Eh!, ¿me da una mano, amigo?

—¿Para qué?

—Con una de nuestras bolsas. Se recibió mucho dinero hoy. Pesa mucho.

—Es que... —dijo el recaudador titubeando— me está prohibido abandonar el coche.

—¡Bah, es sólo un minuto!... Además te reemplazo yo. Uno de los empleados te ayudará mientras deposito el portafolios y los títulos.

El recaudador se alejó sin insistir más y franqueó la puerta, la que se cerró tras él.

—¡Ea, somos nosotros, compañero! —decía mientras tanto el reemplazante de Store al cochero—. Abre el coche.

—¡Ya va! —asintió el cochero.

La caja del coche no tenía ninguna salida por detrás ni lateral y su única abertura consistía en una puertita de dos hojas de hierro fundido, ubicada detrás del asiento del cochero. De esa manera los riesgos de robo se reducían al mínimo.

Para entrar al coche, era necesario pues hacer mover la banqueta cuya mitad había sido hecha móvil con ese objeto. Pero como sólo se trataba de ubicar algunos paquetes en uno de los depósitos laterales del coche, el conductor juzgó superfluo entregarse a ese trabajo y se limitó a empujar las puertas.

—Pásame el portafolios —dijo.

Luego de recibir lo que pedía, el cochero, tendido a medias sobre el asiento, introdujo medio cuerpo en el interior del coche usando las piernas como contrapeso en la parte de afuera. En esta posición no pudo ver al que creía su colega subir al estribo del coche, desde allí trepar hasta el asiento y luego colocarse de modo de separarlo de las riendas. Por encima del cochero tendido, como si sintiera curiosidad de ver lo que contenía la caja del coche, el falso cajero introdujo a su vez el torso y de pronto su brazo cayó violentamente en la sombra.

Si a alguno de los numerosos transeúntes que pasaban por la acera se le hubiera ocurrido mirar de cerca la escena,

habría visto las piernas del cochero ponerse súbitamente rígidas mientras que el busto se doblaba sobre el otro lado del asiento.

Rápidamente el hombre tomó por la cintura aquel cuerpo inerte y lo empujó en medio de las bolsas y de los paquetes depositados en el coche.

Esa serie de acciones, ejecutada con una precisión y una audacia maravillosas, no habían demandado más que algunos instantes. Los transeúntes continuaban circulando apaciblemente, sin la menor sospecha de los acontecimientos anormales que se sucedían tan cerca de ellos, en abigarrada muchedumbre.

El hombre se inclinó aún más en el coche, de modo de no ser enceguecido por las luces de la calle y miró dentro de la caja. En el piso, en medio de un charco de sangre que crecía a ojos vista, yacía el cochero con un cuchillo clavado en la base del cráneo, en ese relajamiento de la médula que ha recibido los nombres de bulbo, cerebelo, nudo vital... No se movía. La muerte había sido fulminante.

Temiendo que la sangre terminara por atravesar los listones del piso y cayera a la calle, el asesino movió el asiento, se introdujo totalmente en el coche y despojó al muerto de la camisa. Con ella taponó la terrible herida, luego retiró el cuchillo y limpiándolo cuidadosamente, al igual que sus enrojecidas manos, cerró las puertas de hierro fundido, seguro de que la sangre, si continuaba brotando, sería absorbida como esponja por el tejido de la prenda.

Después de tomar esa precaución, bajó del coche, atravesó la acera y golpeó de una manera particular a la puerta de la agencia, que le fue abierta de inmediato y vuelta a cerrar no menos rápidamente.

—¿El hombre?... —preguntó al entrar. Le señalaron el mostrador.

—Con los otros. Atado.

—¡Bien!... Sus ropas... ¡Rápido!